

Queridos hermanos sacerdotes, Sr. Vicario general, Sr. Deán, queridos hermanos y hermanas, que seguís esta Eucaristía a través de YouTube.

Nuestras almas están llenas hoy de tristeza a causa de esta situación de pandemia que estamos viviendo. No poder reunirnos en torno a la mesa del Señor en este día tan especial del Jueves Santo produce en nosotros una sensación de impotencia ante una circunstancia sanitaria delante de la cual nada podemos hacer.

La Iglesia es unión, comunión, fraternidad, comunidad y participar juntos en la Eucaristía es un signo eminente de esa unión, de esta comunión y fraternidad entre nosotros. Es - como dice san Agustín – *“signo de unidad, vinculo de amor”* Ello requiere, en circunstancias normales, la presencia física. Todo ello no lo podemos vivir este año.

Además, todos estamos tan preocupados por un presente difícil y un futuro incierto que nos produce desasosiego e inquietud. Muchas familias están sufriendo la pérdida de seres queridos que se van de este mundo sin el consuelo de su presencia y en muchas ocasiones sin los auxilios espirituales. Otros están en los hospitales o en sus casas luchando contra esta enfermedad.

Esta tarde santa ponemos - en el altar del Señor, en el altar de su sacrificio- toda esta situación de dolor, de tristeza, de amargura e incertidumbre.

El Señor - este año, más que nunca - quiere celebrar con nosotros su Pascua de muerte y resurrección: *«cuando llego la hora, se puso a la mesa con los apóstoles y les dijo: “con ansia he deseado he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de mi padecer”»* (Lc 22,14).

Nosotros, también, *con ansia*, deseamos unirnos a Él, porque lo necesitamos más que nunca cercano, Amigo, a nuestro lado.

La Eucaristía es el mismo Jesús presente entre nosotros, con nosotros y por nosotros; es su Cuerpo y Sangre que perpetúan por los siglos, hasta su vuelta gloriosa, el sacrificio de la cruz (cf. SC, 47) y ha confiado a su Iglesia este memorial vivo de su muerte y resurrección, como sacrificio para el perdón de nuestros pecados y banquete pascual.

En este banquete, recibimos como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da un anticipo de la gloria futura (cf. SC, 47). «*En la santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo*» (PO, 5).

La presencia de Cristo en la Eucaristía no se desvanece al finalizar la santa Misa sino que permanece mientras duran las especies del pan. En este santo día de Jueves Santo, la adoración eucarística sigue a la celebración de la Santa Misa para significar, de manera patente, esta verdad de fe tan consoladora para nosotros, los cristianos.

A los Apóstoles, con quienes celebra la cena pascual, a sus sucesores, los obispos y a los cooperadores de estos, los presbíteros, el Señor encomienda: «*Haced esto en memoria mía*».

Con estas palabras, Jesús instituye el orden sacerdotal. Ellos, en la celebración del sacrificio eucarístico, obran siempre, no en nombre propio o en su persona, sino en la persona de Cristo, como ministros suyo. Es Cristo mismo quien sigue ejerciendo su Sumo y Único sacerdocio, en favor de todo el Pueblo de Dios y de toda la humanidad.

Saludo, con gran afecto, a todos mis hermanos sacerdotes de la Archidiócesis, en este día de la institución del sacerdocio. Que estemos siempre muy unidos en el Único y Sumo sacerdote, Cristo Jesús y que nos amemos y ayudemos entre nosotros.

El Señor, además, durante esta cena memorable, lavó los pies a sus Apóstoles, enseñándonos y dándonos ejemplo de cuál es el espíritu de la Eucaristía y de cómo debemos servirnos y amarnos mutuamente. El rito del lavatorio de los pies, que este año no podemos realizar, nos lo recuerda visiblemente.

Queridos hermanos y hermanas, deseo que viváis desde vuestros hogares, en vuestras familias o residencias este gran misterio de la Eucaristía, que se lo agradezcamos, desde el fondo de nuestro corazón, al Señor, que le agradezcamos también la institución del sacerdocio y la vida y el servicio de nuestros sacerdotes; pidamos por las vocaciones sacerdotales, pidamos por nuestra Archidiócesis y por todo la Iglesia universal, que no nos falten sacerdotes, que sepamos amarnos y servir a todos, en especial a los más pobres y necesitados en este día que celebramos también el día de “Caritas”, como el Señor nos ha enseñado en el lavatorio de los pies de sus apóstoles.

Pidamos a María, nuestra Madre, vivir estos misterios, meditándolos en nuestro corazón y que sean centro y raíz de nuestra vida cristiana.